

MONJAS, VISIONES Y PORTENTOS EN LA ESPAÑA MODERNA. LOS RELATOS DE CONFESORES

Antonio Peñafiel Ramón
Universidad de Murcia

Resumen

El principal objetivo de la presente aportación estaría en el intento de aproximación –pese a las lógicas dificultades al respecto- a la psicología y formas de vida interior de un convento de la España Moderna, a través de las descripciones -necesitadas de depuración- de personas tales como biógrafos o confesores. Pudiendo observar la mentalidad de una época en torno a los posibles comportamientos, tentaciones y visiones que caracterizaban a alguna de las religiosas. Como forma de estudio y análisis del convento a través precisamente del elemento humano que lo integra.

Abstract

The main objective of his contribution is to attempt, despite the obvious inherent difficulties, to outline the psychology and way of life which prevail in a convent in modern Spain, by looking at the descriptions (in need of purge) of people such as biographers and confessors. It is possible in this way to observe the mentality of the age through the possible behaviours, temptations and visions which characterize the experience of some of the nuns. This method of study analyses the convent by looking at the human element which constitutes it.

Resulta tarea por lo general difícil, cuando no extremadamente compleja y comprometida, intentar reproducir con la adecuada fidelidad aspectos tan íntimos y reservados como, por ejemplo, los referentes a la vida interior de un convento de monjas de clausura en la España Moderna, debido, fundamentalmente, a cuestiones tales como limitaciones de documentación. Conseguir hablar y profundizar en la psicología de unas personas que se ven precisadas –en virtud de vocación y propia elección en ocasiones, de imposición en otras- a convivir día tras día. Aproximarnos a sus problemas cotidianos, a sus tensiones, emociones y alegrías. O, quizá, incluso, a la prolongada monotonía de sus vidas.

De ahí que, a veces, tengamos que conformarnos con el estudio del conjunto de mandatos, disposiciones o prohibiciones expuestas a través de fuentes tales como los Libros de Visitas de las correspondientes autoridades eclesiásticas, con un carácter, pues, que nos podría llevar a pensar o considerar los posibles defectos u omisiones de una Comunidad, con lo que de inexacto y deformante pueda suponer dicha visión.

O, en el otro extremo de la balanza, y pese igualmente a lo que de subjetivo y parcial pueda también tener, a la visión claramente exagerada de los relatos de carácter semi hagiográfico de alguna o algunas de estas religiosas, en una versión generalmente demasiado laudatoria y que precisaría, por tanto, de una adecuada depuración. A través de ella, salvando y entresacando cuanto de exageración pueda presentar, podremos obtener, quizá una información que nos hable de los acontecimientos – usuales o, más frecuentemente, inusuales – de esa vida cotidiana, rota, pues, en ocasiones por la presencia de situaciones excepcionales o, al menos, poco acostumbradas.

De este modo, resulta tarea igualmente comprometida pretender alcanzar un equilibrado término medio. Por lo que, sabiendo siempre que al margen del ejemplo analizado existe, sin duda alguna, una Comunidad que reza, trabaja y se afana cada día en el rigor del silencio, de unas vidas anónimas y alejadas en general de todo protagonismo, exageración o tendencia obsesiva al posible milagro, hemos optado por el estudio de tan curiosa, significativa e interesante – aunque por otra parte repetida en unos y otros Conventos – singularidad.

Buscando así, finalmente, el intento de lograr una mayor aproximación a la vida interior del Convento, frente a ese otro aspecto, normalmente más analizado y estudiado dentro del panorama historiográfico, de su carácter y sentido económico como propietario de censos y heredades.

Puesto que, al tiempo que se estudia la presencia de Conventos en general, interesa también buscar el elemento humano que los integran y componen y que forman parte, por tanto, de una manera más de estudiar y comprender el panorama de religiosidad de una época, sector y momento dados.

De milagros y portentos

Así lo vemos, pues, en una etapa en la que se cree y confía en la clara existencia de lo milagroso y sobrenatural, viendo verdaderas situaciones prodigiosas en circunstancias tales como el campo atmosférico, en determinadas y excepcionales curaciones, en la muerte, incluso, de frailes y religiosas en olor de santidad.

Por tanto, no puede extrañarnos la presencia de obras de las características señaladas, escritas, frecuentemente, por confesores o personas de trato habitual con la figura objeto de alabanza. Es decir, "de mujeres que vivieron en una especie de soliloquio y que según lo que su cabeza y sus nervios resistían, llegaban a situaciones muy distintas". Influyendo también, a veces, la personalidad de los confesores¹.

En tales obras se cuentan, con claro y marcado carácter ejemplarizante, cuantas virtudes adornaron a la religiosa, su vida diaria, sus sacrificios y mortificaciones, así como, también como algo normal e, incluso, repetitivo, sus posibles éxtasis o visiones sobrenaturales, las asechanzas y tentaciones del Maligno a que, necesariamente, se ve sometida; las pruebas, en suma, que tiene que sobrepasar, para conseguir llegar felizmente a la otra vida, pasando antes, como resulta lógico, por el escaparate perfecto -y seguido siempre atentamente por las demás religiosas- de cuanto constituye el necesario y gratificante ejemplo de la Buena Muerte. Es decir, la forma de intentar dar un sentido a la vida de clausura a través del contenido de historias o biografías consideradas como maravillosas, que puedan servir para una mayor atadura a la vida religiosa o para conseguir, incluso, una huida ilusoria².

Se trata, por otra parte, de la plasmación de todo un conjunto de experiencias que en ocasiones logran una gran aceptación, en tanto que en otras suscitan críticas³. Pudiendo señalar, tal y como a este respecto se ha indicado, una posible serie de causas como explicación a este conjunto de fenóme-

¹ J. CARO BAROJA: *Las formas complejas de la vida religiosa. Religión, sociedad y carácter en la España de los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1978, 87.

² J.L. SANCHEZ LORA: *Mujeres, conventos y formas de religiosidad barroca*. Madrid, 1988, 231, 241 y 248. Cit. F.J. Lorenzo Pinar: "Vida conventual femenina en la Zamora del siglo XVIII", en *Mentalidad e ideología en el Antiguo Régimen*, Murcia, 1993, 313.

³ F. J. LORENZO PINAR: "Vida conventual femenina", 313.

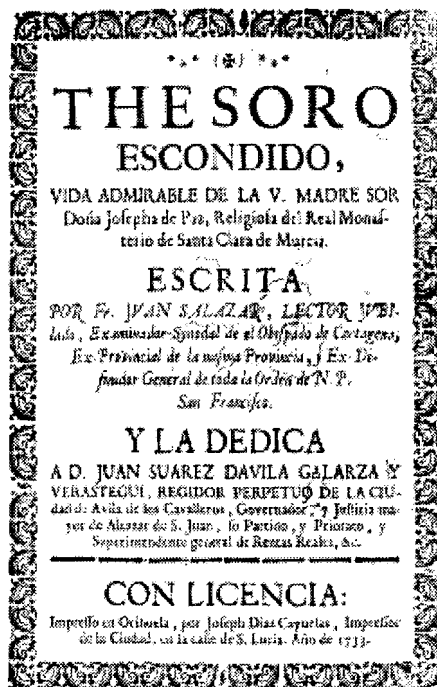
nos. Entre ellas, principalmente, el ingreso en clausura a edad temprana, y la prolongada vida de encierro en el Convento⁴.

Junto a ello, influencias tales como la presencia de abundantes obras de arte religioso en capillas y altares, la lectura frecuente de obras igualmente hagiográficas y, no lo olvidemos, la marcada sensibilidad de algunas religiosas, que conducirían, pues, a la repetición de lo leído y observado⁵.

Doña Josefa de Paz: una vida distinta

Y en este orden de cosas constituye un ejemplo representativo de cuanto hemos mencionado la vida de una religiosa clarisa de la ciudad de Murcia, dentro de la primera mitad del siglo XVIII. Se trata, concretamente, de la Madre D^a. Josefa de Paz, a través de la cual nos acercamos a todo un interesante mundo de vivencias espirituales que pueden llegar a resultar, en ocasiones, marcadamente contradictorias.

Así nos lo hace ver, precisamente, la obra titulada Thesoro escondido⁶, escrita por el Padre Juan Salazar, Lector jubilado, Examinador Sínodal del Obispado de Cartagena, Ministro Provincial que fue de esta Provincia, ex Definidor General de toda la Orden de Nuestro Padre San Francisco, y Padre Espiritual, por espacio de muchos años, de esta -al parecer- venerable mujer.



⁴ Ibidem.

⁵ Ibidem.

⁶ J. SALAZAR: *Thesoro escondido, Vida admirable de la V. Madre Sor Doña Josefa de Paz, Religiosa del Real Monasterio de Santa Clara de Murcia*. Orihuela. Imp. Diaz Cayuelas, 1733. Archivo Municipal de Murcia (A.M.M.)

A lo largo de la obra se dibujan, pues, las -por otra parte acostumbradas- heroicas virtudes, prodigiosa vida (siempre en versión del Padre Salazar) y no menos gloriosa muerte de la Madre D^a Josefa de Paz. Admirable por lo extraordinario, áspero y oculto de su camino (y de ahí el nombre de Thesoro escondido), si bien existirían al respecto opiniones contrapuestas.

De este modo nos lo hace ver el propio Padre Ortega, en su Crónica de la Santa Provincia de Cartagena ⁷, al señalar las muchas y especiales cualidades del referido Director espiritual, pero también su "muchacha sencillez" y "exceso de credulidad". En tanto que, según esta otra versión, el trato regular de Doña Josefa habría sido muy diferente en realidad, manifestándolo así algunas Religiosas de dicho Monasterio, aún vivas en el momento de la publicación de la obra, "y diferentes sugetos de fuera, que la conocieron y explicarían su parecer y dictamen con mucha variedad".

Si bien la vida de D^a Josefa habría sido comparada por el Padre Salazar con alguna otra llevada también a la imprenta, como sería el caso de la conocida como La mujer fuerte, referente a la Venerable Madre Sor María Vela, religiosa Bernarda del Convento de Santa Ana de la ciudad de Ávila. De ahí precisamente el carácter laudatorio de la obra, iniciada, incluso, y dentro de los cánones literarios de la época, con una Décima en acróstico dedicada a la Reverenda Madre. Pues es preciso reconocer que las pruebas de posible veneración a personas no canonizadas se repiten muy frecuentemente en el siglo XVIII, originando, así, una interesante cantidad de biografías semejantes.⁸

DEZIMA A LA VENERABLE MADRE.

Sacra Margarita hermosa,
 Sor de el mas casto Velo:
 ama, que a fuer de desvelo,
 amas estuiviste ociosa.
 tú! que (mejor Esposa)
 Siempre estan prevenida
 en tu Lampara de prevenida
 por premio de tu Deseo,
 hizo el Esposo m. ncion
 dexartela en Zendida.



LI-

De acuerdo con los datos biográficos presentados, D^a Josefa de Paz habría nacido el 19 de Marzo de 1685 en la ciudad de Murcia, hija de padres de acrisolada nobleza, como lo serían D. Gregorio de Paz, natural de la villa y R.

⁷ P.M. ORTEGA: *Crónica de la provincia franciscana de Cartagena, de la Regular Observancia de N.P.S Francisco*, Murcia, 1740, 339. (A.M.M.)

⁸ J. CARO BAROJA: *Las formas complejas...*, p. 84.

Corte de Madrid, y D^a Inés Pérez de Merlos, natural de la dicha ciudad de Murcia. Vistiendo el Santo Hábito en el Real Monasterio de Santa Clara, el 15 de Agosto -día consagrado al Misterio de la Gloriosa Asunción de la Reina de los Ángeles al Empíreo- del año 1700. Allí pasó el resto de su vida, hasta que falleció el 16 de Enero de 1730, a los 45 años de edad.

Josefa de Paz entró, pues, como novicia en el Convento a la temprana edad de 15 años. Siendo su confesor, antes de ello, el M. R. P. Fray Cayetano Alcayna, de la esclarecida Orden de Santo Domingo, habiendo quedado ya en estos momentos ocultas determinadas cosas, por otra parte "muy dignas de saberse" ⁹.

Sería principal Confesor Ordinario o Vicario en el Convento, en el momento de tomar hábito, el R. P. Fray Pedro de Peñarrubia, Lector de Filosofía, Ex Definidor y Provincial que fue de la Santa Provincia, entrando más tarde el Padre Fray Mateo Dardalla, quien se aplicó con santo celo a su asistencia. Conociendo claramente que la religiosa se hallaba ejercitada del demonio, que le ponía serios impedimentos contra las virtudes, y formando altísimo concepto de aquel espíritu guiado hacia Dios por tan escabroso camino. De ahí los viajes del referido Padre Dardalla a Lorca, a fin de mantener interesantes conferencias con el Padre Salazar, en torno, fundamentalmente, al modo a seguir para su dirección espiritual. Lo que no tardaría en destruir la muerte del referido Confesor.

Se trata, por otra parte, y siempre según la versión a la que hacemos referencia, de una vida predestinada. Como suele suceder en la descripción de biografías de religiosas, con un marcado carácter laudatorio, habitual, por otra parte, en los esquemas mentales del momento. Alabanzas que se extienden, igualmente, fuera de los límites del Convento, cuando se habla de vidas también ejemplarizantes, marcadas por -y hacia- Dios, desde la más tierna infancia. Veamos, como mero ejemplo representativo al respecto, las palabras que nos hablan de la infancia de alguna otra piadosa dama, como podría ser el caso de D^a Catalina de Oma, al indicarnos cómo "sus miserias fueron virtudes, sus cuentos oraciones, sus más gustosos entretenimientos oír Misas y los más días (desde que fue capaz) sus almuerzos Comuniones" ¹⁰. En tanto que la vida de la

⁹ "que se han quedado ocultas por su nimio encogimiento" (J. SALAZAR: *Thesoro escondido*, 8).

¹⁰ B. GARCIA GOMEZ: *Oración fúnebre en las horas de la señora doña Cathalina Antonia de Oma y Haro*. Murcia, 1749. (A.M.M.)

virtuosa D^a Margarita Albertos y de Mora, también por estas fechas, nos introduce aún más en tan singulares acciones, al señalarnos cómo, siendo aún niña de pecho, se abstenía de tomar alimento los viernes y otros ayunos de la Iglesia. Y, algunos años después, jugaba a componer altares de diferentes estampas, situando entre ellos, de modo preferente, una de María Santísima. Dedicándose, además, al rezo del Rosario, Letanías y otras oraciones ¹¹.

De este modo, puesta ya como sierva de Dios en el estado religioso, sería inmenso el fervor y deseo de hacer penitencia y de dedicarse al agrado del Señor por parte de Josefa de Paz. Así, algunas veces tuvo que curar "por muchos días" las heridas que le ocasionó una rústica soga con que se lió las piernas para andar el Viacrucis, meditando los Dolores de la Pasión de Cristo. Y ocasión hubo, incluso, en que se apretó tanto un cilicio que, cuando se lo hubo de quitar, ya no se podía sin causar gravísimo daño. Siendo preciso pedirle que dejara de ejecutar tales y tan terribles penitencias.

Aunque, estando en una ocasión muy fervorosa, se le aparecería Cristo Nuestro Señor, con la Cruz a cuestas, pidiéndole si quería ayudarle en tan pesada carga, y habiendo respondido que sí, y puesto sobre un hombro, quedó deshecha en lágrimas y esfuerzos ¹².

Del Demonio y sus asechanzas

Si bien a veces también intervenía el demonio, por lo que en ocasiones le daba mal de corazón en el Coro, y otras en el Confesionario, quedándose allí sin habla. Porque "el demonio tira a sacar lo que puede en la persecución de las almas virtuosas, o a quitarles la vida, o la salud o el crédito". Y así, dándoles el mal en el Coro, o en ocasión de ir a él, y no tan fuerte en otras ocasiones, "entra la murmuración de que están enfermas para el Coro y no para otras cosas" ¹³. "Y lo mismo sucede quando, inquietando el demonio con espantos o fatigas toda la noche, no dexa dormir, ni descansar en el tiempo oportuno, y luego ocasiona sueño quando deben levantarse para el Coro" ¹⁴.

¹¹ L. SANTA CRUZ y PEREZ: *Oración fúnebre de la virtuosa Margarita Albertos y Mora*. Murcia, 1777. (A.M.M.)

¹² J. SALAZAR: *Thesoro escondido...*, p. 38.

¹³ Ibidem.

¹⁴ Idem, 39.

Ya que el demonio actúa habitualmente -o, así al menos se cree y hace creer en el púlpito- sobre hombres y cosas en la vida cotidiana, para hacer daño. Valgan si no las palabras del arzobispo Francisco de Posada, dominico del siglo XVIII, referidas al trato del demonio con Sor Leonor María de Cristo, la misma a quien, según nos dice su biógrafo, rompió dos veces el brazo, y con la que llegó a sostener una lucha de cinco horas a fin de arrebatarle en vano un rosario ¹⁵. Sin que dejara sus persecuciones el Maligno, por lo que, siendo Vicario del Monasterio el Padre Juan Guerrero, Lector Jubilado, él y Fray Fulgencio Gómez, Definidor y Comisario Provincial de esta Provincia, junto al R. P. Fray Juan de Monreal, que fue Definidor de la Provincia de San Pedro de Alcántara, escribieron al autor, a Caravaca, uniéndose a esa petición otra religiosa del Convento, Sor María Andosilla, "muy compadecida de sus trabajos" ¹⁶. Volviendo así en Noviembre de 1711, y procurando que comulgase todos los días.

Además, no dejó de padecer ataques contra la castidad, mancomunándose así dos enemigos del alma: demonio y carne. Persiguiéndola estos pensamientos aunque estuviera en el Coro, e incluso oyendo Misa. Apareciéndosele, incluso, la tentación en forma humana incitándola a la más tremenda lascivia.

Para evitarlo, y puesto que tenía hecho el voto de castidad desde los 12 años de edad, valíase de muchas y variadas mortificaciones, y, entre ellas, intentó guardar perpetua abstinencia de carne bajo distintos pretextos, aunque se lo impidieron atendiendo a sus enfermedades. E, incluso, llegó a aplicarse en alguna ocasión carbones encendidos "para que peleara un fuego con otro". Lo que fue, inmediatamente, prohibido por su confesor.

Pero el demonio utilizaba, además, otros recursos. Como ponerle "aparentes" Imágenes de Nuestro Señor Crucificado ocupando todo el espacio del suelo por donde resultaba forzoso pasar para entrar al Coro; o el impedirle comer situándole a su vista sabandijas inmundas sobre comida y bebida. O ponerle impedimentos para que confesara, de modo que el Padre Fray Antonio de Jesús, su confesor, necesitaba a veces hasta 2 horas mandándole que lo hiciera, y al demonio que la dejara. Dando lugar a habladurías en torno a la posibilidad de un caso de solicitudón, situación no demasiado infrecuente para la época

¹⁵. J. L. SANCHEZ LORA: "Claves mágicas de la religiosidad barroca", en *La religiosidad popular*, II, Barcelona, 1989, 127.

¹⁶. J. SALAZAR: *Thesoro escondido...*p. 45.

que nos ocupa, sin quedar a veces lo suficientemente claro quién tentaba a quién, (esto es, la probabilidad de sollicitación pasiva, cuando es el confesor el acuciado por la penitente), tal y como ocurriría, en fechas no lejanas -concretamente en 1746 y 1748, respectivamente- en los procesos llevados a cabo en relación con los conventos de Santa Ana de Murcia, ante los requiebros y galanterías con que el confesor, Fray Francisco Royo, religioso franciscano, solía acoger, al parecer, a algunas religiosas ¹⁷, para reconocerse finalmente el carácter quimérico de la denunciante; o el del Convento de Santa Verónica, también de esta ciudad de Murcia, seguido contra el franciscano observante Fray Félix Torres, y en el que quedarían involucradas varias religiosas ¹⁸ e, incluso, alguna donada, siendo igualmente -como en el caso que nos ocupa- comentada la tan notada amistad que al respecto mantendrían ¹⁹.

Llegando, incluso, rumores sobre esta tardanza en el Confesionario ante el Padre Provincial, a la sazón Fray Pedro de Peñarrubia. En tanto que, además, las murmuraciones aumentarían, al haberse dispuesto su confesión diaria, como socorro contra el demonio. Pues era opinión de otras religiosas que "bastava fuesse dos o tres días en la semana, como lo executaban otras muchas, que acaso eran mejores que ella". Pero mayor era la oposición del demonio a la Comunión, por ser más poderosa arma contra él. Presentándole, así, visiones horrosas que se lo impidieran.

De modo que su confesor pondría tanto cuidado en que pudiera frecuentar la Comunión y la recibiera todos los días que fuera posible. Pero contra ello se levantaban no sólo los demonios, sino también "muchos de los hombres", por parecerles "que ésta se minora con la demasiada frecuencia". Cuestión que se relacionaría con el tema, característico del momento estudiado, de la presencia de Beatas y su necesidad de comulgar lo más frecuentemente posible como medio de obtener la pertinente ayuda para el camino de la salvación. Planteándose, así, habitualmente una pregunta (con la lógica desesperación de sus confesores): "Si se ingieren más Hostias, ¿se recibe más gracia?" ²⁰. Llegando D^a

¹⁷ · A. PEÑAFIEL RAMON: "Control y actuación inquisitorial en la Murcia del Setecientos", en *Carthaginensia*, III, nº 4 (1987), 219 - 220.

¹⁸ Idem, 214- 216.

¹⁹ · Ibidem.

²⁰ · C. GUILHEM: "La Inquisición y la devaluación del verbo femenino", en B. BENASSAR: *Inquisición española: poder político y control social*, Barcelona, 1981, 180.

Josefa a ser delatada ante el Santo Oficio, "sobre qué punto especial no he podido saber"; aunque de ella resultó el examen de su espíritu, "que executó con grande secreto un Padre Maestro bien docto, y lo aprobó por bueno".²¹

Incluso se llegó a decir que estaba endemoniada. Cuando lo que en realidad estuvo -siempre según su biógrafo- fue atormentada del demonio, como tantos Santos y Santas. Pues el atormentado recibe el nombre de obseso, en tanto que el otro es el poseso. Y así lo deja ver, precisamente, Fray Luis de la Concepción en su Práctica de Conjurar ²².

Pero, evidentemente, D^a Josefa de Paz se quejaría también de terribles visiones demoníacas. Así, por ejemplo, lo dejará ver cuando escriba a su confesor manifestando cómo, habiéndose acostado una noche, "vió que venían dos negros y la amarraban fuertemente y maltrataron su cuerpo con gran fiereza, de lo qual quedó quebrantado" ²³, al tiempo que le ponían sugerencias de desconfianza en Dios, advirtiéndole que no tenía remedio ²⁴.

Puesto que, en efecto, resultan también corrientes las representaciones del demonio como negro en cuanto símbolo de los apetitos carnales. Así lo vemos, por ejemplo, en biografías como la de D^a Marina de Escobar, mujer con fama de santidad: "Se me mostró en forma de un hombre negro y fiero, en pie, los brazos delgados, como jumento, con muchos cuernecillos en la cabeza y una cola muy larga, que llegaba hasta el suelo" ²⁵. Ya que, en estos casos, el demonio puede adquirir las más diversas formas, y, junto al negro, puede ser toro, perro rabioso, sabandija, etc. ²⁶.

²¹ J. SALAZAR: *Thesoro*, 81.

²² Fr. L. de la CONCEPCION: *Práctica de conjurar en que se contienen exorcismos y conjuros contra los malos espíritus, de qualquiera modo existentes en los cuerpos humanos; así en mediación de supuesto, como de su iniqua virtud, por qualquier modo y manera de echizos. Y contra langostas y otros animales nocivos y tempestades*. Madrid, 1721, Barcelona, 1983.

²³ J. SALAZAR: *Thesoro*, 89.

²⁴ *Ibidem*

²⁵ J. CARO BAROJA: *Las formas complejas*, 65.

²⁶ *Ibidem*. De modo que, como se ha indicado al respecto, la tipología demoníaca es estereotipada, con mayores y más clamorosas incursiones en el Barroco que en el humanismo y, por supuesto, que en la Ilustración (T. Egido, "Mentalidades y percepciones colectivas", en *Mentalidad e ideología ...* p.65).

Y ello en tanto que las alusiones a visiones demoníacas resultan bastante frecuentes en biografías de religiosas, así como en las de mujeres que, pese a no haber entrado en religión, llegaron a gozar fama de santidad ²⁷. Porque el Maligno o los diablos actúan habitualmente en la vida diaria de hombres y mujeres. Y así, junto a obras como la conocida Práctica de Conjurar, hallamos, conforme avanza el tiempo, todo un interesante conjunto de títulos significativos al respecto ²⁸.

Resultando altamente representativas las palabras del ya citado arzobispo Fray Francisco de Posada, referidas al trato de los demonios con la ya expresada Sor Leonor María de Cristo:

"Unas veces la arrojaban desde lo alto de las escaleras, dando con su cuerpo a modo de culebra crueles golpetazos, otras la levantaban en el ayre, y la traían de manera que dava crueles golpes en los techos con la cabeza ... Otras veces le davan con la cabeza tan recios golpes entre las sillas del coro que parecía que se la hazían pedazos" ²⁹.

Pero Josefa de Paz padeció, además, todo tipo de dolores, de ojos, de oídos, de garganta... Especialmente le daba el Señor estos dolores "por las Quaresmas, y, más intencionadamente, los viernes de ellas, quando sentía como un círculo en la cabeza, correspondiente a la Corona de espinas que la hería con inexplicable dolor" ³⁰. Teniendo también que destacar su devoción al Sacramento del Altar, "misteriosa cifra de las maravillas de Dios, ostentación de su infinito amor con los hombres y dulcísimo objeto de los más tiernos afectos de sus Purísimas Esposas".

Siendo frecuentes en esta Sierva de Dios los éxtasis soberanos, después de haber comulgado, y maravillosas visiones ³¹. Así, el lunes de Pascua de Resurrección de 1726, estando D^a Josefa muy fatigada desde la tarde antes, se puso a los pies de Cristo y su Madre "y fue quedando en una suspensión que, como ella era tal, luego se trastornaba" ³². Llegando a tal éxtasis que se halló en los

²⁷ Idem, 63.

²⁸ Idem, 69.

²⁹ J.L. SANCHEZ LORA: "Claves mágicas", 127.

³⁰ J. SALAZAR: *Thesoro*, 90.

³¹ Idem, 106.

³² Idem, 108.

brazos de M^a Santísima, que le aseguraba su favor y amparo, al tiempo que el Señor le mostraba su grandeza, y, levantándose del Trono de Majestad en que estaba, se vino hacia su esposa y puso su boca en la Santísima Llagla de su costado, al tiempo que le comunicaba fortaleza, confianza y esperanza, y "un celestial licor como agua, que fortaleció y aclaró sus potencias y sentidos" ³³.

Del discurrir cotidiano

Por otra parte, su vida cotidiana era de gran fervor y actividad en el Convento. Así, recién entrada en Religión, tomó a su cargo el adorno de una Imagen de María Santísima, con su Hijo en brazos, colocada en una Capilla del Convento, que "es la que suelen celebrar con especialidad el día de la Purificación". Disponiendo un rico vestido para la Divina Señora, "y para el Divino Niño fue estremada en adornarlo, y quería le fuese a ella reservado el cuidado de acomodarlo y ponerlo en los brazos de su Purísima Madre" ³⁴.

Y junto al caso señalado, existirían también otras demostraciones, como la de ofrecerse la primera para llevar las andas en que iba la imagen de María Santísima en las procesiones claustrales, y otras funciones semejantes. La de acudir, para sus aflicciones, a una devota imagen "de diestro pincel", colocada en una capilla y representando a la Virgen en el Misterio de la Purísima Concepción. La de hacerle algún especial obsequio al Glorioso San José, para el día de su fiesta, así como a San Francisco, para el adorno y cuidado de su imagen del Convento de la ciudad ³⁵, todo ello pese a sus muchos y continuos achaques y ocupaciones.

En tanto que, en lo referente a su devoción a Santa Clara, los días de su fiesta se hallaba como fuera de sí, a lo que ayudaba mucho la circunstancia de celebrarse estando patente el Santísimo Sacramento. Por lo que se le apareció muchas veces dándole celestial consuelo. Como sucedía con otros Santos de su especial devoción (Santa Teresa, Santa Catalina de Bolonia, Santa Rosa de Viterbo, San Buenaventura, San Antonio de Padua y, sobre todos ellos, los dos Santos Juanes).

³³ Idem, 109.

³⁴ Idem, 110 - 111.

³⁵ Idem, 116 - 117.

Además, fue también puntualísima en la asistencia de las enfermas, no sólo cuando tuvo el oficio de enfermera, sino, incluso, cuando no lo tuvo ³⁶. Cuidando al tiempo del bien espiritual de todas, y de que frecuentaran los Sacramentos.

D^a Josefa de Paz fue, igualmente, tornera durante tres años. Ocurriendo al respecto un interesante suceso. Pues soliendo llegar al torno unas moras, que andaban por la ciudad vendiendo algunas cosas comestibles, la religiosa no perdía ocasión de lanzarles al corazón algunas palabras de persuasión hacia la verdadera religión, lo que las otras "oían sin repugnancia". Hasta que una de estas moras enfermó de peligro, y queriendo hacerse cristiana, lo impedía su marido. Por lo que logró avisar en secreto a D^a Josefa, y ella logró hacerlo llegar a personas que lo remediasen³⁷.

D^a Josefa de Paz presenta también, como ya hemos dicho, y por otra parte resulta tan característico de este tipo de obras, todo un conjunto de visiones y premoniciones. Relacionadas siempre con el carácter cuasi milagroso que a este respecto quiere otorgársele.

Así lo vemos, una vez más, en fecha tan destacada como la del día de San José, en 1727, cuando, después de haber comulgado, se recogió a dar gracias. Y se halló en brazos del Señor, acompañado de la Virgen María, y de sus Santos, y gran multitud de Ángeles, que la cogieron y llevaron al Cielo, donde conoció el ser de Dios y sus infinitas grandezas. Y fue coronada por Esposa del Alto Señor, y pidió por las necesidades del mundo. Y luego la llevaron al Purgatorio, para que sacara dos almas devotas de su Santo. Las que dejó en el Cielo.³⁸

Siendo, además, y como ya hemos indicado, otro importante don - dentro del ámbito de sus extraordinarias cualidades y condiciones- la gracia o conocimiento de las cosas futuras. Como ocurrió al caer dos mujeres enfermas a un mismo tiempo, ambas cristianas y muy buenas devotas de la Religión. Encargándoselas el Confesor a Josefa para que las encomendara a Su Majestad Divina, y pudiendo apreciar que una de ellas presentaba muchas conveniencias temporales, en rica cama y asistida de muchas personas, en tanto que la otra era una pobre mujer, en humilde cama "y falta de asistencia de personas de la tie-

³⁶. Idem, 122.

³⁷. Idem, 124.

³⁸ Idem, 138.

rra" ³⁹. Por lo que no tardaría en indicar la referida religiosa que la rica moriría de esa enfermedad, y la pobre no, pues le quedaba aún más que padecer para llenar sus méritos. Lo que, efectivamente, sucedió ⁴⁰.

La Buena Muerte

D^a Josefa de Paz nos ilustra también, como no podía, a fin de cuentas, ser menos, en un mundo y una religiosidad como la que en estos momentos analizamos, sobre las condiciones y circunstancias de su muerte. Que puede servir de significativo ejemplo en torno a lo que, precisamente, debe ser -tiene forzosamente que serlo- la forma de afrontar los últimos momentos por parte de las religiosas.

Así, a través de ella podremos intentar aproximarnos a cuestión tan sumamente trascendental como el paso a la Vida Eterna. Pues si la vida de una religiosa debe ser espejo en que contemplarse -y reflejarse- los demás, de modo que no pueda dar lugar a rumores y murmuraciones (o, al menos, a llegar a conocerse las posibilidades de tales hechos y circunstancias por el mundo exterior), más aún debe serlo ese paso último y definitivo, del que no resulta posible desdecirse, como es, en concreto, el momento de la Buena Muerte. Que domina y preside la religiosidad, no ya del Convento, sino incluso de toda la sociedad de la época, que sabe por su parte -y así acostumbra, por tanto, a hacerlo- la necesidad de conciliar su alma con Dios para ese paso, es decir, la importancia de acudir ante notario para redactar documento tan decisivo como el testamento ⁴¹.

Porque la Buena Muerte, esto es la que llega apaciblemente en la cama, una vez cumplido todo el ceremonial exigido por la costumbre, dejando bien atado lo que queda en este mundo y preparada el alma para ser recibida en el otro ⁴², resulta y supone algo consustancial a la vida del hombre de la época, que sabe cuanto le espera al final del camino, por lo que desea ensamblar dos aspectos de por sí tan antagónicos -pero siempre tan unidos- como la vida y la muerte, el principio y el fin. Pues al tiempo que goza, se divierte o sufre, tiene

³⁹ Idem, 162.

⁴⁰ Idem, 163.

⁴¹ Sobre este particular, A. PEÑAFIEL RAMON: *Testamento y Buena Muerte*, Murcia, 1987.

⁴² F. MARTINEZ GIL: *Actitudes ante la muerte en el Toledo de los Austrias*, Toledo, 1984, 25.

plena conciencia de la existencia de la vida futura. Y quiere, así, dejar bien sentados los medios a adoptar ante ello.

Y dentro de las formas de afrontar el difícil momento de la muerte, esto es, "le moment terrible dont dépend l'éternité"⁴³, debe constituir un claro ejemplo a seguir la de frailes, monjas y religiosos en general. Es decir, la de las personas que han dedicado, al menos teóricamente, su vida a la oración y el sufrimiento, y que deben ser también fiel reflejo de la actitud a tomar en tan difícil paso al Más Allá.

Así, de la muerte de frailes y religiosas surgirán luego, precisamente, beatíficos rumores, transmitidos al mundo exterior por medio de tornos, rejas y locutorios, que hablarán de la enorme fortaleza, cuando no de la inmensa alegría, con que los moribundos han entregado el alma a Dios. Símbolo, pues, de una unión espiritual largamente anhelada.

Porque en la vida religiosa todo el tiempo es preparación para la muerte, a través de ejercicios y mortificaciones, pero, cuando llega el último momento, resulta preciso que en las disposiciones próximas se enfervoricen más los afectos, ante la cercana visión del eterno premio⁴⁴.

D^a Josefa sufre, así, el toque de los grandes dolores y penosas fatigas, cinco meses antes de su muerte, labrando con ello la Corona de su invicta paciencia, y queriendo salir al encuentro de su Esposo con la mayor brevedad posible. Recibiendo en dos ocasiones el Viático, y experimentando beatíficas visiones en las que se le aparecía, incluso, María Santísima⁴⁵.

Por todo ello, el día inmediato a su muerte pediría que cantasen alguna cosa devota para su espiritual consuelo, y no habiéndolo hecho aquel día, lo ejecutaron al siguiente, muy de mañana, entonando la letanía de María Santísima, con especial ternura ante una Imagen de la Reina Celestial colocada sobre un altar inmediato a la cama⁴⁶. E, igualmente, la oyeron decir las religiosas:

⁴³ M. VOVELLE: *Piété baroque et déchristianisation en Provence au XVIII siècle*, Paris, 1978, 75.

⁴⁴ A. ARBIOL: *La religiosa instruida*, Madrid, 1765, 643.

⁴⁵ "y llenándola de celestial consolación y alentando su confianza le dixo que llegaba ya el tiempo de que saliese de trabajos ... ". Lo que le haría confesar a otra religiosa: "según el sueño que he tenido esta noche, o la Virgen quiere sanarme, o me quiere llebar consigo". J. SALAZAR: *Thesoro*, 185.

⁴⁶ Idem, 187.

"Virgen Santísima", haciendo acción con la cara y con las manos hacia una de las puertas de la Celda.

Y habiendo llegado ya el momento de su hora, estando asistiéndola toda la Comunidad, y algunos religiosos franciscanos, entregó en manos del Creador su espíritu, con tanta quietud, sosiego y serenidad, "que apenas pudo percibirse cuando se separó el alma de su cuerpo, ⁴⁷. Moría, así, el 16 de Enero de 1730, antes de cumplir los 45 años de edad.

Tuvo, además, por otra parte, especialísimo cuidado en que se hiciese la recomendación del alma, y para que estuviesen prevenidas las religiosas para cantarle el Credo al tiempo oportuno, según la costumbre. Puesto que, llegados tan decisivos momentos, el confesor, o una religiosa, debería dar voces al oído de la moribunda, invocando el Dulce Nombre de Jesús, y el de María Santísima, y le repetiría actos continuados de contricción, dolor y esperanza, así como de deseos de ver a Dios. Invocando, además, a los Ángeles y a los Santos para que vinieran a recibir su alma ⁴⁸. Para cantar a continuación las religiosas el Credo, **In manus tuas, Domine** y **O Gloriosa Domina**, en tanto que otras dicen la Comendación del Alma, otras el Ave María y todas en su modo ayudan y ruegan por la enferma que agoniza ⁴⁹.

Siendo, además, habitual, una vez acaecido el momento de la muerte, que se le cantara el **Subvenite Sancti Dei, Occurrite angeli**, para rezarle, a continuación, puestas todas en Cruz, la Estación del Santísimo Sacramento en la Iglesia, aplicando a la Difunta la Indulgencia Plenaria concedida por los Sumos Pontífices ⁵⁰.

A su vez, las enfermeras, junto con alguna religiosa nombrada por la Abadesa, deberían quedarse para componer el cadáver, asistiendo toda la Comunidad para llevarlo en procesión al Coro de la Iglesia ⁵¹. Al tiempo que en la Comunidad del refectorio haría la discreta Prelada una Plática a sus religiosas,

⁴⁷ P.M. ORTEGA: *Crónica franciscana*, 339. "Y así apenas se pudo percibir que ya avía expirado, hasta que, de las asistentes, las más prácticas, fueron reconociendo señales de muerte" (J. SALAZAR: *Thesoro*, 187).

⁴⁸ A. ARBIOL: *La religiosa instruida*, 646.

⁴⁹ Ibidem.

⁵⁰ Idem, 647.

⁵¹ Ibidem.

recordándoles que a todas habrá de llegar la muerte, y encomendando tener presente a la difunta en su oraciones particulares, pues la Comunidad ya cumplirá sin tardanza lo que a este respecto le corresponde ⁵².

Además, sin dilación alguna, sería preciso enviar también aviso de la defunción a todas cuantas Comunidades de religiosos y religiosas tuvieran Hermandad espiritual con el Convento, para no retrasar los necesarios sufragios, en tanto que en el tiempo del entierro deberían permanecer cerrados todos los tornos y rejas, para que ninguna religiosa pudiera faltar a tan sagrada y caritativa función ⁵³.

Existiendo, por otra parte, una santa costumbre en algunos Conventos, como sería la limosna de oraciones y santos ejercicios en beneficio de la difunta. Una le ofrecería el oírle tantas Misas, otra visitarle tantos días los Altares, otra tantos Viacrucis o Rosarios, otra tantas disciplinas y ayunos. Todo ello, en suma, aplicado a modo de sufragio por el alma de la religiosa difunta ⁵⁴.

Al tiempo que, una vez finalizadas las ceremonias del entierro debería tener cuidado la Prelada para que todos los sacerdotes que hubieran podido entrar en la clausura salieran de ella, y también cuantos hubieran entrado para cuestiones tales como cerrar la sepultura o el nicho, pues no sería, en modo alguno, ocasión oportuna, en semejante día de lamentos, para dar lugar a distracciones o curiosidades superfluas y mundanas ⁵⁵. Al tratarse, además, de lugar dedicado al sosiego, el retiro y la oración.

De este modo, y a través de tan apretadas páginas, hemos podido, al menos, intentar una somera aproximación a una temática interesante pero todavía poco explotada, como serían en concreto, las posibilidades de extracción de datos del conjunto de hechos, situaciones y circunstancias relacionadas con monjas y religiosas en general, contenidos en fuente tan ilustrativa –aunque necesitada siempre de oportuna depuración– como vendrían a ser los libros, relatos o descripciones de biógrafos y confesores en la España del Antiguo Régimen.

⁵² Ibidem.

⁵³ Idem, 649.

⁵⁴ Idem, 648.

⁵⁵ Idem, 649.